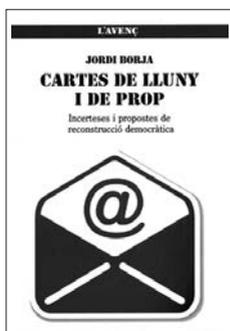


# Una reflexión oportuna sobre un tema candente

Dolores Sánchez Durá



Tu pasado eres tú/Y al mismo tiempo eres/La aurora que aún no  
alumbra nuestros campos  
«Elegía española», Luis Cernuda

«El punto de partida es no tratar del *caso catalán* sino del *problema español*», *Carta a los amigos y amigas de España. Segunda parte*  
Jordi Borja.

Jordi Borja, *Cartes de lluny i de prop (Incerteses i propostes de reconstrucció democràtica)* [y otros escritos políticos recientes]  
Barcelona, L'Avenç, 2013, 176 pp.

Jordi Borja es un autor poliédrico. En un lapso de tiempo bastante corto ha publicado dos importantes libros de geografía, sociología urbana y urbanismo: *Ciudades, una ecuación imposible* (2012), editado en colaboración Mireia Belil y Marcelo Corti, y *Revolución urbana y derechos ciudadanos* (2013)<sup>1</sup> que constituyen una relevante reflexión multidisciplinar sobre las ciudades como espacio público, generador de derechos cívicos, y sobre los factores y los obstáculos que se oponen a esa dimensión de progreso que no son otros que las pautas de urbanización dominantes.

Decimos que es poliédrico porque simultáneamente a sus preocupaciones urbanísticas, Borja está implicado en la participación y el estudio de los movimientos sociales urbanos y gran parte de sus propuestas, de su crítica, de su comprensión de las ciudades en

el contexto de las sociedades complejas y desarrolladas, no viene solo del ámbito académico –entendido este como la famosa «torre de marfil»– sino de una práctica social y política de décadas, desde sus tiempos de joven estudiante allá por los primeros años sesenta.

La reflexión política, el análisis de los escenarios y las fuerzas «en presencia», por retomar un término del que fuera una de las referencias del marxismo estructuralista, Nicos Poulantzas, a principios de los setenta; su correlación y equilibrios o desequilibrios que marcan el terreno de las alianzas, del ritmo de los cambios, de los avances y de los retrocesos; las maneras de ver los conflictos sociales y sus desarrollos: la política, en definitiva, no ha sido nunca ajena a Jordi Borja ni como instigadora de sus desvelos intelectuales ni como experiencia vital. En Borja la política

es una pasión, casi un estilo de vida. Entiéndase que cuando utilizamos aquí el término «política» lo hacemos en un sentido bien alejado del uso y connotaciones que la palabra ha ido adquiriendo en la España de nuestros días. Hablamos de intentar entender el momento presente, y para ello hay que analizar utilizando la frialdad y la objetividad como ideas reguladoras; hay que saber escuchar, y para ello hay que practicar «la dialogía»<sup>2</sup> y hay que proponer y hacer previsiones, siempre con humildad y con el deseo de que esas propuestas se hagan colectivas y se encarnen en acciones plausibles.

Desde esa perspectiva, Jordi Borja no puede evitar acudir con honestidad y rigor a las citas que la actualidad le presenta. Hace apenas un año leí con mucha atención un artículo que había publicado en la revista *El Viejo Topo*, «Los comunistas y la democracia o los costes de no asumir las contradicciones».<sup>3</sup> Me sorprendió el tono del artículo porque no parecía escrito por un experimentado comunista con años de militancia de partido y curtido en mil y dolorosas cuitas internas no siempre limpias. No había ni rastro de partidismo de bandería, ni un discurso de buenos y malos, de defensa de aquello que se dio en predicar como «la justicia de (mi) línea». Por el contrario, el autor hacía un enorme esfuerzo por situar y comprender el problema de la defensa de la democracia y de la credibilidad o la extensión que a este concepto le otorgaron unos y otros en el seno de los partidos comunistas europeos tras la Segunda Guerra Mundial. Y hasta qué punto la no resolución de

esta cuestión tan de fondo, sobre todo, tras la apuesta por el eurocomunismo de los partidos italiano y español, y, muy especialmente, del PSUC, condujo a un enfrentamiento que acabó con la quiebra y la desaparición del PCE y del PSUC como partidos de masas con pretensiones de hegemonía en la izquierda española y catalana. Nada había en el artículo que resonara a un «ajuste de cuentas». Se venía a decir que los comunistas de la segunda mitad del siglo XX habían tenido serios problemas para entender la democracia como pluralismo político, como alternancia posible, como espacio público de opinión y de respeto a los derechos y libertades fundamentales. En este sentido, su lucha contra los fascismos se había dotado de un horizonte de democracia popular que fue la que triunfó *de facto* en los países del Este. Los comunistas españoles del PCE, que arrastraban estas concepciones desde los años de la posguerra, tenían serias dificultades a la hora de encajar sus sacrificios con un futuro netamente democrático. Esa cultura de corte estalinista y neoestalinista fue transmitiéndose en la formación, en la cultura política de los militantes antifranquistas de los años sesenta y setenta. Pero, en paralelo, las reformulaciones, las nuevas políticas de «reconciliación nacional», de «pacto por la libertad», el propio eurocomunismo ya en los setenta, crearon una corriente contradictoria con lo anterior. Nuevos militantes de orígenes sociales y culturales diversos se educaron en la convicción de la superioridad moral y política del pluralismo democrático como forma de gobierno y de partici-

pación política, y eso no les impedirá su identificación con la práctica política del partido en la clandestinidad, sobre todo en la medida que esas políticas son capaces de integrarse, de liderar, de «escuchar» a los movimientos sociales y construir formas organizativas abiertas y representativas. Pero, los desencuentros entre ambas formas de entender la militancia, la política del partido, la disciplina, el centralismo democrático, las alianzas, se irán acentuando a medida que la dictadura se hunde y las prácticas sociales y partidistas se confrontan con otros escenarios en la legalidad. En muy pocos años, el hundimiento del PSUC, que casi había conseguido ser la fuerza hegemónica en la izquierda, no tuvo nada que envidiar al del Titanic. Militantes que habían compartido escenarios de lucha, la dureza de la represión, la solidaridad y los valores de la camaradería y que tampoco diferían tanto a la hora de buscar soluciones concretas a conflictos en fábricas, barrios, colegios profesionales, etc., se enfrentaron a cara de perro, sin cuartel. El autor, sin falsas equidistancias, piensa que los desastres no solo provinieron de lo que entonces vino a denominarse sector leninista sino que, también, de la manera en que los renovadores se precipitaron en quemar las naves que les tenían que llevar a una sociedad poscapitalista. Sin naves y sin mitos y ritos de acompañamiento (apenas se cantaba La Internacional, no se levantaba el puño, no se mencionaba la República) y sin horizonte de llegada no quedaba mucho más espacio que el de la socialdemocracia que, además, encontraba serias dificultades para ofrecer un dis-

curso propio tras la crisis del petróleo y lo que siguió en 1973. Creo que Borja hace un valioso esfuerzo para encontrar respuestas «objetivas» a la pregunta: ¿Qué hicimos nosotros para merecernos esto? O formulándolo de manera más consonante con las preguntas esenciales del discurso de la historia: ¿Cómo fue posible que el éxito de los setenta condujera a los comunistas al enorme fracaso de los ochenta? Hacer la historia del PSUC no es banal: Borja piensa que de alguna manera las responsabilidades sobre la desorientación actual de la izquierda vienen de lejos: «*Dels anys 80 probablement*». Y continúa repartiendo a cada cual lo suyo: «I no es pot generalitzar: el cas del PSOE/PSC és molt diferent del de PCE-IU/ICV-EUiA. La deriva socialista és fàcil d'entendre. No és un partit forjat en la lliuta anti-franquista (excepte una ínfima minoria), es pot dir que és un partit construït des del poder. Mai no ha estat un partit de base militant i amb vocació transformadora. ¿Se li pot retreure que no sigui el que mai ha pretès ser? (...)».<sup>4</sup>

El hilo de pensamiento de la crisis de la(s) izquierda(s) nutre su manera de mirar y de ver, de preguntarse por la naturaleza de la crisis de estos últimos años. En este contexto escribe *Cartes de lluny i de prop (Incerteses i propostes de reconstrucció democràtica)*<sup>5</sup>. Las «cartas desde lejos» están escritas en Londres entre octubre y noviembre de 2012, ciudad en la que el autor estaba pasando una temporada por motivos personales y profesionales. La segunda parte está escrita ya en Barcelona en el primer cuatrimestre de 2013. Pero la literatura epistolar no se ha detenido ahí. En octubre de 2013,

dos nuevas cartas aparecieron. Esta vez en la revista electrónica *www.sinpermiso* <sup>6</sup> bajo el muy sugerente epígrafe de *Cartas a los amigos y amigas de España*. La primera carta –en gran parte, el conjunto de todas ellas– se escribe en la estela que deja en el ánimo del autor la *Diada* del 11 de septiembre de 2012 repensada un mes después desde Londres.

Creo que la originalidad y el interés de estas cartas residen en que la constatación de la existencia de un movimiento popular de apoyo a lo que se ha venido a denominar «derecho a decidir», de composición muy plural pero dominado por un confuso y transversal sentimiento independentista, da pie a un doble análisis cruzado: las reflexiones sobre cómo se gesta un desapego respecto de España que tiene razones estructurales pero también coyunturales:

«Las ciencias sociales y especialmente la historia nos enseñan que este tipo de reacciones colectivas resultan de una combinación de factores estructurales y coyunturales que estallan cuando algunos acontecimientos precipitan la explosión. El principal factor estructural es histórico, lingüístico, cultural, pero también una estructura económica específica generada por la modernización que generó la revolución industrial y una fuerte tradición de lucha social, todo lo cual ha construido un relato propio y contradictorio, algo así como dijo Renan ‘una nación hecha de glorias y remordimientos’. Esta base estructural se ha visto reforzada por una relación conflictiva con el Estado español desde el siglo XVII y alcanzó su cima en el franquismo. La consecución de la autonomía parecía iniciar un proceso

de desarrollo del autogobierno, pero pronto se comprobó que los gobiernos sucesivos a partir de 1981 lo iban a limitar al máximo por la vía legislativa y presupuestaria».<sup>7</sup>

Las coyunturales son las derivadas de la crisis económica de 2008 y de la desafortunada desautorización de partes sustanciales del nuevo Estatuto por parte del Tribunal Constitucional después de haber sido votado afirmativamente en Catalunya. Pero a estas reflexiones que dan lugar a interesantes consideraciones nunca tópicas sobre los conceptos de soberanía,<sup>8</sup> autodeterminación, pueblo, nación y nacionalidad o sujeto histórico,<sup>9</sup> así como sobre las soluciones federales, confederales, estado propio o independencia, se unen, enriqueciendo el discurso, los problemas de la constitución de la sociedad en sociedad política, los derechos de ciudadanía, la defensa de los derechos sociales, el cuestionamiento del régimen instaurado en la Transición y la búsqueda de soluciones desde la izquierda, con un claro contenido alternativo a los planteamientos liberales y neoliberales del capitalismo en su configuración actual, así como una crítica radical al sistema de representación de las élites políticas dominantes y de partidos políticos enrocados en una disciplina jerarquizada y protegidos por una ley electoral que favorece el dominio de unas cúpulas muy burocratizadas.

Borja parte en su análisis de que el escenario está viciado por lo que él llama «una mala idea de España». «En resumen la idea dominante y anacrónica de España solo puede producir sentimientos ‘separatistas’ en pueblos

como el catalán que no participan de esta idea, que tienen una personalidad específica y que se sienten no reconocidos y mal aceptados por su diferencia». <sup>10</sup> Esta concepción de España anacrónica, sostenida por unas actitudes españolistas y centralistas que comparten gran parte de las élites políticas dominantes (en este caso PP y PSOE tienen más nexos de unión que diferencias) hace muy difícil la negociación y conseguir avances en la resolución del conflicto. Leer los artículos que escribió Chaves Nogales para el periódico *Ahora* en febrero de 1936 después del triunfo de las candidaturas del Frente Popular en Catalunya, y que se recogen en la publicación *¿Qué pasa en Catalunya?* resulta muy instructivo porque los paralelismos con la situación actual son evidentes, lo que lleva a pensar que los conflictos no resueltos o mal resueltos no desaparecen, a pesar de los deseos de algunos, sino que siguen y siguen y siguen, hasta que entran en ebullición. En este interesantísimo libro se reproduce la entrevista que Chaves Nogales le hizo a Francesc Macià en diciembre de 1931. Macià dice cosas, que el periodista destaca en titulares, como: «Bajo el régimen monárquico, que nos prohibía nuestra lengua, nos quitaba nuestra bandera y procuraba ahogar la expresión de nuestros más íntimos sentimientos yo era separatista. Ahora bien; siempre dije que yo era separatista de aquel Estado español monárquico, que nos vejaba y escarnecía». «Para el porvenir yo tengo una gran confianza. Es innegable que todos los pueblos de España van sintiendo esos mismos deseos de encauzar su vida por este camino de

libertad y democracia que yo propugno (...) Ahora bien; hay quienes se dicen liberales y se oponen al Estatuto; y yo digo que si es así, no son tales liberales, (...) si comprenden y reconocen la soberanía popular, ¿cómo pueden hacer resistencia a la decisión de un pueblo que ha sido tomada con el asentimiento del 85%, no ya de los votantes, sino del censo?»<sup>11</sup>

Las respuestas ya dadas en los primeros años de la Transición como el Estado autonómico del «café para todos» y las nuevas respuestas tautológicas –toda propuesta se remite a la Constitución de 1978 (de *todos* los españoles) a sabiendas de que una visión así de ésta la convierte en una ley bloqueada porque al único sujeto que reconoce es a la totalidad del pueblo español concebido como una unidad indisoluble– hacen imposible cualquier salida por más apoyo mayoritario que tenga en Catalunya. Xavier Vidal Folch en su libro *Catalunya independent?* apunta la necesidad del pacto entendido tal y como el Tribunal Supremo de Canadá lo formuló el 20 de agosto de 1998, que antepuso los principios subyacentes a la Constitución («el principio democrático») a la literalidad de ésta. «Tot aquest procés implicaria una negociació i un pacte sobre la pregunta, la data, la necessitat i la fixació d'una majoria concreta molt qualificada»<sup>12</sup>. Jordi Borja es categórico cuando afirma que, en el momento actual, cada vez queda menos espacio para alternativas frente al independentismo, más o menos pactado, con mayor o menor carga de unilateralismo o de pulsión federativa. Entre otras cosas, porque en España no

hay verdaderos federalistas ni proyecto de federación común de los pueblos ibéricos con arraigo desde la I República y porque la derecha está apostando por el choque de trenes y esto achica el espacio de las propuestas de ese ámbito. Solo el independentismo ha puesto en jaque el *statu quo* y ha arrastrado de manera transversal a diferentes generaciones: las de la Transición, que han visto sus expectativas truncadas y, sobre todo, las de después, que no tienen el tabú de la unidad de España y que no comprenden cómo se les puede negar el derecho a decidir su futuro con argucias y triquiñuelas legales.

Esta tensión intelectual sobre los problemas actuales lleva a Borja del presente al pasado y del pasado al presente continuamente. La reflexión sobre la Transición aparece en numerosas ocasiones no para arrojar sobre ella las descalificaciones que parecen estar de moda en la última década sino para acotar las limitaciones con las que, necesariamente, se alumbró. Y, sobre todo, para analizar los efectos que se hayan podido derivar de la puesta en práctica de aspectos centrales de la ordenación jurídica y de las políticas –revisión del franquismo, Ley de amnistía, configuración territorial, Ley electoral, pervivencia de los privilegios de determinados oligopolios, sometimiento del Estado al lazo confesional de la Iglesia católica etc.– por un partido tan especial como fue la UCD o por el PSOE que, como hemos dicho antes, fue un partido hecho desde arriba e ideológicamente sometido a muchos vaivenes y compromisos.

Todo lo cual nos lleva al título y a la intención –al contexto comunicati-

vo– de sus cartas. No hay que recurrir a la hermenéutica: la intención es explícita. Están dirigidas a los amigos y amigas de España; es decir a los que fueron y siguen siendo sus camaradas: la izquierda. Borja piensa que en Catalunya el proceso vinculado al derecho a decidir está removiéndose y propiciando un espíritu de transformación radical y profunda del régimen de la Transición. Las nuevas generaciones catalanas no se sienten ligadas por el *do ut des* de los años setenta y ochenta. En la actual coyuntura propiciada por el tratamiento que el Gobierno de Aznar en su segunda legislatura le dio a Catalunya, el posterior afeitado del Estatuto por el Tribunal Constitucional, las continuas invectivas del llamado «TDT party» y, *last but not least*, los ataques furibundos al Estado de bienestar con el pretexto de la crisis económica, se han precipitado las reacciones y las izquierdas tienen una nueva posibilidad de proponer alternativas políticas, sociales y económicas con una mirada más radicalmente democrática y tienen la responsabilidad de hacerlo. Pero, si Catalunya representa ahora aquello que en el marxismo leninismo se conocía como el eslabón débil, el punto por el que la dominación del bloque en el poder se puede poner en solfa, las izquierdas catalanas necesitan la comprensión, el concurso, la cooperación de las izquierdas españolas. Las únicas capaces –las catalanas y las españolas– de ponerse de acuerdo sobre un bloque común de objetivos que permitan salir de esta situación asfixiante de corrupción, elitismo, partidos con escasísima implantación y representatividad y lec-

tura compartida de la inevitabilidad de las medidas antisociales para conjurar la acción de los mercados. Jordi Borja habla sin tapujos del final de una etapa de la democracia en España y de la necesidad de abrir otra. El proceso está en marcha y nadie puede adivinar cuál será el punto de llegada pero la responsabilidad de la acción recae sobre ese magma fragmentado que se va desplegando, trazando un arco muy amplio, desde el PSOE hasta el 15 M. De la misma manera que en los años sesenta y setenta fueron las fuerzas de la izquierda las que propusieron los objetivos del futuro democrático y los caminos de salida de la dictadura, aunque luego debieran pactar y así lo hicieron.

## NOTAS

1. Mireia Belil, Jordi Borja y Marcelo Corti (eds.), *Ciudades, una ecuación imposible*, Barcelona, Icaria Antracita. Fundació Forum Universal de les Cultures, 2012. Jordi Borja, *Revolución urbana y derechos ciudadanos*, Madrid, Alianza Editorial, 2013.
2. En el sentido de que la voz individual no puede hacerse oír (entender) sino integrándose en el coro complejo de otras voces, véase Tzvetan Todorov, *Mikhail Bakhtine. Le principe dialogique*, París, Seuil, 1981. (La traducción es mía).
3. *El Viejo Topo* n° 277, febrero de 2011, pp. 24-43
4. Jordi Borja, *Cartes de lluny i de prop. Incerteses i propostes de reconstrucció democràtica*, Barcelona, L'Avenç, 2013, pp. 92-93.
5. Jordi Borja, *op. cit.*
6. www.sinpermiso.info, 13 de octubre de 2010 y 27 del 10 de 2013. Aquí también se puede consultar una entrada más reciente, «¿Ciudades inteligentes o cursilería intelectual?», de diciembre de 2013.
7. En Jordi Borja, *Carta a los amigos y amigas de España*, primera parte, www.sinpermiso.info, 13 de octubre de 2013. Esta explicación está muy cerca de lo que plantea Borja de Riquer cuando se pregunta por los orígenes del catalanismo: «Sin embargo, es importante recordar que para que surgiese el movimiento político catalanista fue preciso que existiera mucho más que la mera existencia de una especificidad etnocultural...». Véase «El surgimiento de las nuevas identidades contemporáneas», en Anna María García Rovira (ed.), *España ¿nación de naciones?*, Madrid, Marcial Pons, 2002, pp. 21-52. (La cursiva es mía).
8. Por ejemplo, para el autor, el soberanismo no sería un concepto válido para definir los objetivos del decisionismo catalán, puesto que, aunque se reconociera la soberanía a la nación catalana, este nuevo estado de cosas no la haría más soberana de lo que ahora es España. La inserción en unidades macropolíticas como la Unión Europea, el sistema económico mundial, la interdependencia en todos los niveles civilizatorios, no permiten un ejercicio de la soberanía propio de los Estados nación anteriores a la Segunda Guerra Mundial.
9. En cuanto al concepto de nación, Borja se pronuncia por una forma de entenderla no esencialista y ahistórica. La nación, el pueblo, el sujeto histórico son construcciones que se configuran en procesos histórico/políticos, de nacionalización, abiertos y no preexisten desde los orígenes hasta nuestros días. Borja de Riquer dice que para que arraigue la nacionalización, esta debe ser vista como un «progreso en la civilización y como un avance en la participación política» y que «para que un proyecto nacional triunfe no puede ser impuesto ni sentido como ajeno» (*op. cit.*).
10. Ambas citas en www.sinpermiso.info, 13/10/2013.
11. Manuel Chaves Nogales, *¿Qué pasa en Catalunya?*, Almuzara (Historia), 2013. Los paralelismos que intentamos establecer no pueden verse desde la literalidad de la comparación de los hechos que, evidentemente, son diferentes. Ni es la misma monarquía ni la situación en cuanto al disfrute de derechos es similar, pero sí se puede establecer una corriente de fondo: a mayor libertad, comprensión de las particularidades y respeto por la decisión, menor separación, mejor encaje y más proyecto en común de las Españas.
12. Xavier Vidal Folch, *Catalunya independent?*, Madrid, Libros de la Catarata y Fundación Alternativas, 2013. Véase el capítulo: «Un referèndum legal?», pp. 100-103.

.....  
 DOLORES SÁNCHEZ DURÁ es historiadora.